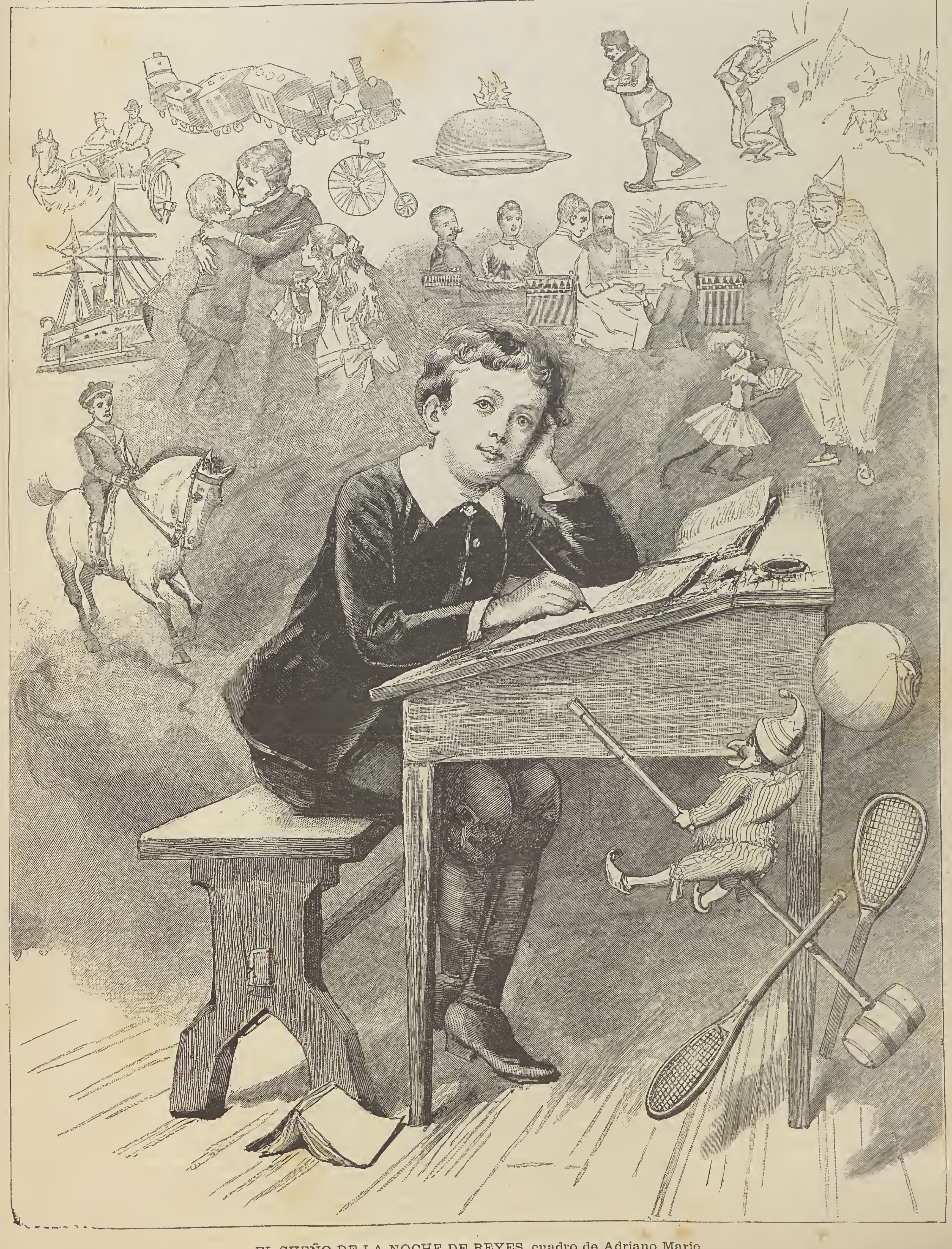
LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 6 DE ENERO DE 1890 — NÚM. 419



EL SUEÑO DE LA NOCHE DE REYES, cuadro de Adriano Marie

SUMARIO

-

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *Los pintores de la Natividad del Señor*, por D. Emilio Castelar. – *Los dos caminos*, por D. Eduardo Saco. – *La tierra de María Santísima*, por D. Francisco Fernández González. – *Noticias varias.*

GRABADOS. – *El sueño de la noche de Reyes*, cuadro de Adriano Marie. – *Santa Isabel, reina de Hungría, cuando niña*, cuadro de G. Max. – *Enrique Stanley y Emin Bajá.* – *Tipos de la isla de Cerdeña.* – *Suplemento artístico: Restaurant al aire libre en Lahore*, cuadro de M. Weeks.

NUESTROS GRABADOS

EL SUEÑO DE LA NOCHE DE REYES

cuadro de Adriano Marie

Todos los deseos, todas las ambiciones infantiles mal contenidas durante un año se desbordan al aproximarse el día de Reyes ante la fundada esperanza de ver satisfechos unos y otras. Y estos deseos torturan la imaginación haciéndola buscar los conceptos que más al alma pueden llegar á los pródigos magos; combinan con la mayor habilidad posible la trascendental carta para que ni el exceso de peticiones predisponga mal á los regios visitantes nocturnos ni la sobrada modestia les haga incurrir en omisiones graves; exageran méritos y ocultan faltas para que el rey negro no deposite en las lindas cestas sus tan temidas y abominadas provisiones. Ya la misiva, cien veces empezada y otras tantas desechada por deficiente, ha partido para su destino y el inocente niño, seguro de que misteriosos mensajeros la han depositado en las propias manos de sus destinatarios y no menos seguro de que éstos han de atender sus moderadas y justas demandas, se acuesta la víspera de Reyes lleno de ilusiones y ve en sueños desfilar en confuso tropel los más preciosos juguetes extrañamente animados por su exaltada fantasía. Y á la mañana siguiente ¡cuán dulce despertar el suyo! El sueño se ha cumplido: los repletos canastillos no dan lugar á la menor duda; los Reyes han pasado y depositado en ellos sus ricos presentes.

¡Dichosa edad aquella en que la felicidad soñada no se desvanece ante las sombrías tintas de una realidad triste!

SANTA ISABEL reina de Hungría, cuando niña

cuadro de G. Max

El año 1207 la reina Gertrudis, esposa de Andrés II de Hungría, dió á luz una niña que recibió en las fuentes bautismales el nombre de Isabel, en húngaro *Erzsebet* ó *Erzsi*, que según la etimología hebraica, significa *llena del Señor*. Cuando esta niña pudo hablar, dice uno de sus historiadores, fué para recitar continuamente oraciones. A la edad de tres años ya expresaba su compasión por los pobres y se esforzaba por aliviar su miseria con toda clase de dones. Toda su vida estaba así en germen en esa vida de la cuna, cuyo primer acto era una limosna y la primera palabra una oración. Poco después de su nacimiento cesaron las guerras que sostenía Hungría y hasta las discordias intestinas se calmaron. Esta tranquilidad pasó en breve de la vida pública á la privada; las blasfemias fueron menos frecuentes, y el rey Andrés vió colmados todos los deseos que podía formar un monarca cristiano.

Isabel contrajo matrimonio con el landgrave de Turingia y empleó la mayor parte de la regia munificencia en obras de caridad é instruir á los ignorantes. Los rasgos de su filantrópico celo fueron tantos que es imposible enumerarlos aquí. Hilaba lana y hacía vestidos para los pobres, daba de comer á los hambrientos y á menudo vendía sus joyas para hacer limosnas. Mandó construir al pie de su castillo un hospital y diariamente bajaba á cuidar á los enfermos y consolarlos. Dícese que un día la encontró su esposo cuando llevaba alimentos á los pobres y le preguntó qué ocultaba en su delantal. «Son rosas que acabo de coger», contestó la Santa temblorosa; y en efecto, abriendo su delantal, vióse que su piadosa mentira se había convertido en realidad. Otros biógrafos atribuyen inexactamente este episodio á Santa Isabel, reina de Portugal.

Después de varias vicisitudes que la hicieron perder su esposo, su rango, su fortuna hasta verse reducida á mendigar su sustento y á dormir en un establo, tomó el hábito de la Orden Tercera y falleció el 19 de noviembre de 1231.

El distinguido pintor Max ha representado en el grabado que reproducimos á la santa reina en su niñez, cuando aun disfrutaba del bienestar que le deparaba su alcurnia, pero rodeada ya de la aureola de beatitud que por sus desgracias posteriores y su religiosa piedad había de alcanzar algun día.

ENRIQUE STANLEY Y EMIN BAJÁ

célebres exploradores del Africa central

Emín Bajá, cuyo verdadero nombre es Eduardo Schnitzer, nació en 1840 en Oppeln, villa de Silesia (Prusia) y estudió medicina en Berlín, estableciéndose más tarde en Turquía en donde ejercía su profesión cuando en 1876 entró al servicio del gobierno turco. Al estallar la insurrección del Sudán, Emín se agregó como médico al estado mayor del infortunado Gordon quien, á poco, le nombró gobernador de aquellas regiones ecuatoriales. Muerto el general y cada día en aumento la rebelión de los mahdistas, Emín se encontró desde 1883 aislado del mundo entero, pudiendo á duras penas sostenerse en sus posiciones y enviar á pedir auxilios á Europa. Dos expediciones se organizaron para acudir en su socorro, la de Lenz y la de Fischer, pero ambas fracasaron.

A Enrique Stanley, al que en 1871 consiguió encontrar á Livingstone, el explorador eminente que conoce, por decirlo así, palmo á palmo el Africa central, estaba reservada la gloria de llevar á cima tan atrevida y colosal empresa.

Salido de Liverpool en 21 de enero de 1887, pasó Stanley por Egipto, tomó una escolta en Zanzíbar y después de doblar el Cabo llegó á la desembocadura del Congo el día 18 de marzo: el 22 se encontraba en la confluencia del Aruwimi y el 20 de junio en las cataratas del Yambuga. El 15 de diciembre llegaba á Kavalli, junto al lago Alberto, desde donde hubo de retroceder para volver al poco tiempo. El 29 de abril de 1888 encontró á Emín Bajá en cuya compañía permaneció hasta el 25 de mayo, fecha en que se separó de él para regresar á Bonalya distante siete jornadas de Yambuga, enviando desde allí sus primeras correspondencias á Europa. Por tercera vez emprendió el camino del Este á fin de juntarse con Emín y volver á Europa por la costa oriental: entonces encontró á Emín vencido por los mahdistas, arrojado de Wadelai y cercado de enemigos por todos lados, habiéndole costado gran trabajo decidir á aquél y á Casati á partir con él para Zanzíbar. Puestos en marcha el día 10 de abril de 1889, llegaron á Bagamoyo el día 4 de diciembre.

Esta expedición de tres años es una serie no interrumpida de luchas con la naturaleza y con los hombres, pero también de triunfos para la ciencia, pudiendo mencionarse desde luego entre éstos el descubrimiento de la nevada cordillera de Ruwonzoni, del importante río Semliki, que es probablemente la verdadera fuente del Nilo Blanco, y de los lagos salados de Kativé; la comprobación de la gran superficie del lago Victoria Nyanza, mucho más vasta de lo que se creía; y el encuentro de varios pueblos completamente desconocidos, entre ellos los onambitis, enanos antropófagos que habitan en las orillas del Yhuru, afluente del Aruwimi.

Pocos son los detalles que de esta maravillosa expedición se conocen, pero no se harán esperar las Memorias de Stanley, y en ellas podremos admirar una vez más las excepcionales aptitudes de ese viajero ilustre y conocer día por día las hazañas realizadas y las impresiones sentidas por ese explorador temerario cuyo retrato moral queda hecho con reproducir algunas palabras de su última carta al *New York Herald*. Después de relatar en ella las enfermedades, las fatigas, las luchas y las privaciones por que han tenido que pasar sus compañeros que, á pesar de todo han llegado sanos y salvos al término de su empresa, añade: «El vulgo atribuirá esto á la casualidad; los que en nada creen hablarán de buena suerte, pero en el fondo de cada alma se irá abriendo paso el convencimiento de que existen – como dice Shakespeare – en los cielos y en la tierra muchas más cosas inexplicables de las que sueña la moderna filosofía.»

TIPOS DE LA ISLA DE CERDEÑA

La dominación que hace tantos años viene ejerciendo Italia en la isla mediterránea de Cerdeña no ha podido borrar totalmente los usos, trajes y costumbres que dejaron establecidos catalanes y aragoneses en el largo período en que aquélla perteneció á la corona de Aragón.

Los escritos del antiguo Cónsul de España en aquella isla, nuestro diligente compatriota el Sr. D. Eduardo de Toda, han puesto de relieve y detallado muchas de dichas costumbres y hecho resaltar su parecido con algunas de las que se observan todavía en la tierra catalana, y las fotografías, que tuvo ocasión de reunir allí, de varios habitantes de los distritos montañosos demuestran patentemente que aun subsiste el tipo español, del propio modo que subsisten frases, nombres, apellidos y hasta prendas genuinas del Principado, entre estas últimas la típica barretina.

Una de las regiones más originales é interesantes de la mencionada isla, así como de las más descuidadas por los gobiernos, y por lo tanto de las menos adelantadas, es la de Ogliastra, cuya cabeza de distrito es Lanusei, población situada en uno de los contrafuertes de la montuosa región de la Barbagia, sobre la cual descuella, como un gigante, el rey de los montes de Cerdeña, el Gennargentú. Aunque cabeza de distrito, como acabamos de decir, y asiento de tribunales civiles y correccionales con todos sus demás anejos, Lanusei no pasa de ser un poblachón, pero su situación amenísima en la falda de una colina poblada de viñedos, el aire puro y saludable que allí se respira, los risueños panoramas que se contemplan y el género de vida sencillo y patriarcal de sus habitantes, hacen deliciosa una residencia más ó menos prolongada en él.

A esta misma ventajosa posición debe Lanusei la preeminencia que alcanzó sobre Tortoli para ser capital de su distrito, pues la *malaria* que reina en esta segunda población hizo que se trasladaran á aquélla las autoridades regionales con sus respectivas oficinas.

Los habitantes de este país, que ascienden á dos ó tres mil, se dividen en dos categorías muy distintas: los *signoriccu* (los señores), esto es, las personas instruídas, que visten con arreglo á las modas francesas, y los *massaius* (campesinos), mucho más numerosos y vestidos á la usanza sarda.

Son los *massaius* gente honrada, sobrios en la comida y bebida, amantísimos de la localidad en que han nacido, cariñosos y fieles á sus mujeres, celosos de su honor, religiosos sin hipocresía, obedientes á la autoridad, escrupulosos observadores de la ley, severos para consigo mismos, y francos, sinceros y de pocas palabras. Casi todos poseen su pedazo de tierra y su caballo, y en los arreos de éstos así como en los aperos de labranza se muestran refractarios á toda innovación, así es que carros, arados, herramientas y hasta utensilios domésticos son casi los mismos que los usados por los antiguos romanos.

Nuestros grabados representan algunos tipos de estos genuinos sardos, de estos *massaius* (calificación que no deja de tener analogía con la catalana de *masover*, colono), y al contemplarlos no se puede menos de convenir en que en sus rasgos fisonómicos se nota cierto parecido con nuestros montañeses del Principado, como ellos robustos, resueltos y de enérgica á la par que ingenua expresión.

SUPLEMENTO ARTISTICO

CARIDAD cuadro de Luis Knaus

Es tan simpático el asunto en que se ha inspirado el artista alemán para trazar su bello cuadro, que la mayoría de los pintores de todas las épocas han dedicado á la representación de la sublime virtud de la Caridad alguna de sus obras. Por lo común se la ha figurado bajo su aspecto religioso y místico; pero Knaus, apartándose de este trillado sendero, ha procurado dar á su concepción un tinte algo más realista, sin que por esto sea menos simpático y conmovedor el conjunto de su lienzo. Para él la caridad no debe ejercerse sólo con las personas, sino también con los animales, y al mismo tiempo que la principal figura de su cuadro, personificación de la Caridad, acoge en su seno á los pequeñuelos abandonados, cuida de proporcionar el necesario alimento á las aves, que, así como aquéllos, acuden solícitas á recibir los dones que la Caridad les depara.

En esta, como en otras obras, el pintor alemán, se ha mostrado á la altura de su genio y de su bien fundada reputación.

LOS PINTORES DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

El grande arte ha exaltado, sobre todo la Pintura, el nacimiento de Cristo. Pocas escenas de la religión cristiana pueden ofrecer al pintor asunto de suyo tan artístico y conmovedor. Así los mayores entre aquellos que más descollaran en las artes del dibujo, no dudaron en trasladar á paredes, tablas, lienzos, este idilio religioso. Los ángeles en el cielo y los pastores en la tierra; el Niño-Dios desnudo sobre las amarillas pajas; la mula y el buey, que, á una, con los humos de sus alientos lo abrigan; el varón justo, representado por José, ya viejo; el éxtasis de la Madre, absorta en ver y contemplar al tierno recién-nacido; los cánticos de gloria resonantes en las alturas y mezclados con los rabeles y las zampoñas pastoriles; las estrellas luciendo con luz más viva, como si acabaran de brillar en los espacios inmaculados y no hubiesen recibido el hálito de nuestras culpas en sus espléndidas esferas; todos estos asuntos y todos estos objetos á maravilla en sus combinaciones se prestan para el arte cristiano por excelencia, cual se prestaban los viejos dioses clásicos en su tranquila serenidad para el arte por excelencia heleno. Un verdadero pintor florentino ha trazado este bellísimo argumento en cuadro que guardan las galerías de Florencia. El escenario resulta en esta obra esencialmente italianizado, mejor dicho, de pura yantigua Toscana. Las montañas extendidas en las dos orillas del Arno, que semejan pirámides orientales é intercolumnios griegos, con los hermosísimos valles etruscos, de severa vegetación y de colinas armoniosas, componen el fondo capital de tales cuadros. En segundo término álzase lo que podríamos llamar campesino sombrajo; una choza meridional, á todos los aires abierta, como se necesitan en los territorios de nuestras hermosas regiones, tan estrechamente unidas con el hombre. Aquel pavimento no se parece de ningún modo al árido y abrasado suelo de Palestina. Fresco césped, cubierto por gayas flores, con especialidad por bien olientes lirios, lo alfombra. En tan mullido y verde tapiz bien puede reposar el Niño Dios con su aureola de luz increada en la frente y sus brazos y sus piececillos levantados al cielo en guisa de voladoras alas. A la izquierda tres pastores, que representan la juventud, la edad madura y la vejez, contemplan á una en éxtasis el breve cuerpecillo, donde se compendia la divina misericordia y la humana redención. A la derecha María, como fuera de sí por completo, enajenada en arrobamiento y deliquio superiores á todo lo imaginable por nuestra fantasía, en arrobamiento y deliquio propios de las madres. José, menos interesado en la esencia, con reposo digno de cualquier estatua clásica; en edad que no puede atraer á las mujeres ya; muy anciano; siendo así que ha nacido, no para generar á Cristo, para sostenerlo y alimentarlo, representa bien diversos afectos de los representados por María, y significa una como externa protección y defensa del tierno Niño y de la débil mujer. Compiten á una con la belleza de María la belleza de los ángeles puestos á sus costados. Hay cuatro, dos niños como de siete años, dos jóvenes como de catorce. Ninguno tiene aquel místico resplandor que las aladas criaturas del Angélico parecen traer desde un mundo superior, al cual acaban de abandonar en el momento de su arribo á este nuestro mundo. Los ángeles de Credi tienen alas, pero semejantes á las de muchas aves que no vuelan, y á quienes tan sólo sirven para un paso más alígero por la tierra. Plumas, aureolas, túnicas, no bastan á darles aires místicos. Aquellas figuras tan sólo recuerdan y significan la incomparable adolescencia del Renacimiento florentino, que reza en la cuna de Jesús, pero enardecida por el mosto de Chio, escanciado en copas áureas cinceladas por escultores muy semejantes á los antiguos de Grecia en la hermosura perfecta y en el cincelado increíble. Aunque muy helénico, cual todos estos artistas que han volado entre los crepúsculos vespertinos del siglo décimoquinto y las alboradas hermosísimas del siglo décimosexto, descúbrese muy pronto que Lorenzo Credi pertenece al período henchido por la predicación de Savonarola, en el cual parecía renovarse y rejuvenecerse la vieja religión católica. Tanto es así, que dió á la hoguera, tras un sermón exaltadísimo de aquel extraordinario monje, sus obras profanas. Pero como fuese piadosa la noble «Adoración de los Pastores,» preservóla el autor de aquellos extravíos, guardándola para que pudiésemos admirar en sus religiosas figuras la franca encarnación de los tiernos cuerpecitos y el gesto de candor que brilla en los divinos rostros.

¡Cuántos cuadros de igual asunto podríamos recordar ahora! Los mismos pintores del Norte han tratado tan religioso idilio. Alberto Durero llegó á trazar una especie de mesón germánico donde sucede la Natividad. En la enseña de semejante posada vense con sus propias abreviaturas y cifra el año noveno de la décimasexta centuria en que pintó su cuadro. Todo responde allí al más exagerado naturalismo: paredes ruinosas, en las cuales ha producido el húmedo ambiente norte, musgos, mohos y otras parietarias plantas; arcos vulgares de ladrillo, como los corrientes y usados en Alemania; la mansión helvética, levantada sobre pilotes y dispuesta para contrastar los vientos y las aguas; el vestíbulo donde hay un viejo trabajador, que vierte un pozal de agua recién escanciada en vulgar ánfora. María, de corte muy vulgar, adorando á su hijuelo desnudo sobre unos pañales; José, cuyo aire piadoso desdice de la general vulgaridad; la mula y el buey que miran á Jesús con ojos avizores é inteligentes. Nada sobrenatural, nada inspirado, nada religioso en este cuadro. No se descubre allí figura celestial de ningún género, no se oye allí tampoco la vulgar melodía que suele cerner sus alas en el más pagano cuadro de Italia. Si el pintor no dijera que ha querido representar á Belén, y no se hallasen María de hinojos y José absorto, nadie imaginara este cuadro un cuadro litúrgico.

Así la verdadera nota de la maravillosa escena corresponde al Correggio. No busquéis la perfección clásica de Rafael en sus cuadros; pero quizás hay mayor suavidad y melodía. Este artista representa, como nadie, los afectos de ternura y delicadeza. Sobre todo, parece haberse inspirado en el Verbo alejandrino, y visto cómo ese Verbo significa en esencia y resumen una luz de la luz. Correggio irradia el éter ariano, aquel éter, alma de los dioses indo-europeos en sus composiciones todas. Nadie ha pintado ese resplandor de lo supra-esencial en que van á dorarse las estrellas y á vestirse los ángeles. La irradiación sobrenatural, que todo lo esclarece, con el calor divino que todo lo vivifica, sugiriéronle sus más religiosas y místicas inspiraciones. Por eso es el pintor de San



SANTA ISABEL, reina de Hungría, cuando niña, cuadro del célebre pintor Gabriel Max

Juan, del Evangelista, que ha divinizado el Verbo, y el pintor de los ángeles, que llevan en sus ojos el amor á todo lo criado y sobre sus alas el arquetipo de todos los seres. Hay en Rafael más arte, hay en Vinci mayor ciencia; pero no hay en otro pintor alguno adivinaciones como las suyas de lo que significan así el sol espiritual como el sol material, así el Verbo divino como el éter increado, en que han bebido las cosas su etérea sustancia y las ideas su divina esencia. El vulgo llama «La Noche» al cuadro maravilloso del Museo de Dresde, donde Correggio traza el Nacimiento de Jesús y le llama «La Noche» porque todo está oscuro y tenebroso allí, menos lo alumbrado por la mística luz, desprendida suave y armoniosa del Niño Dios reclinado sobre la paja. Imaginaos que, de pronto, vierais en profunda oscuridad la Vía-Láctea, con sus fajas de mundos y semilleros de soles; pues tal efecto produce aquella luz divina y sobrenatural, reverberada por tan hermoso cuadro. No hay allí nada terrestre ni aun celestial. Todo el resplandor es de una idealidad adivinada por internas intuiciones. Apenas descubre uno allí á Jesús. Pero los rayos que difunde iluminan con luz de sol á los pastores, con luz de pensamiento á los ángeles, verificándose por milagrosas revelaciones del arte la compenetración milagrosa entre la naturaleza humana y la naturaleza divina en la persona de Cristo, compenetración que no ha podido explicarnos la ciencia, siquier se crea y adivine por la cristiana fe.

A cuadro tan sobrenatural poco añadirá nuestro Murillo en su «Adoración de los Pastores.» El sevillano excelso, cuando no traza las Concepciones etéreas que parecen hechura de sus arrobamientos y deliquios personales; cuando no copia un éxtasis monástico, en cuya expresión rivaliza con el mismo Zurbarán, adolece de tendencias prosaicas y positivistas como cualquier literato y pintor, aquejado por desgracia de nuestro ponzoñoso realismo. Para penetrarse de tal verdad no hay como ver la Sacra Familia del Pajarito. Banco y formón de San José, devanadera y ovillo de María; jilguero llevado por Jesús en la manecita; perrillo de lanas puesto á los pies del Niño; los objetos y las figuras copian y reproducen el interior de una casa vulgar, pintada maravillosamente, pero de un realismo cuasi flamenco. E igual sucede, lo mismo, en el cuadro de su adoración pastoril. María, muy hermosa, pero muy doméstica, de ojos andaluces, de traje oscuro sevillano, alza con verdadera sencillez el paño en que descansa jugueteando su hijo. Las dos gallinas del anciano pastor puesto de hinojos, vestido de burda lana y abrigado por tosco pellico, viven, como quien las lleva, pero sin idealidad ninguna. La vieja, con su cesta llena de huevos al brazo, vuelve de cualquier corral andaluz, como vuelve de un aprisco cualquiera el mozo reteniendo al cordero que se adelanta para lamer al Niño. La figura más idealizada en este cuadro de Murillo, como en el cuadro de Durero, es la figura de San José, quien representa y simboliza la madurez de nuestra vida, cuando la inteligencia y el corazón llegan á su completa plenitud. Pero sea de todo esto cuanto se quiera, no dudéis de que jamás la historia verá sobrepujadas las artes pictóricas cristianas, como jamás ha visto sobrepujadas las artes escultóricas helenas. Tales cuadros han idealizado el nacimiento de la criatura humana en este nuestro bajo y triste mundo.

Emilio Castelar.

LOS DOS CAMINOS

Sumario.—I. El encuentro. – II. Propósitos. – III. Explicaciones. – IV. La llegada de un opositor á cátedra. – V. Manuel se eleva á las nubes. – VI. La caída de Lorenzo.

I

– Joaquín!

– Manuel de mi alma! tú en Madrid!... abrázame!... ¿desde cuándo en la corte?...

– Desde hace cinco días, que viajando en cinco trenes distintos, llegué con quince horas de retraso!

– Siempre de buen humor!

– Qué quieres, no tengo otro capital...

– Y ¿á qué bueno?... ¿qué te trae por aquí? ¿qué te aparta de nuestro humilde y delicioso valle? de aquellos sitios, siempre frondosos y de ambiente perfumado, donde corrimos juntos la vida de nuestros años primeros?...

– No es el motivo largo de contar; así que si estás libre, por el momento, de mejor ocupación, dame el placer de aceptar un modesto almuerzo en el *hôtel* que más sea de tu agrado.

– Lo acepto con reconocimiento, pero dejándote la elección del sitio.

– ¿Te parece bien el *Inglés?*

– Excelente! su cocina figura hoy en primera línea entre las preferidas por los *gourmets* nacionales y extranjeros.

Y esto dicho, Manuel y Joaquín enderezaron sus pasos á la calle de Echegaray, penetrando á poco en el acreditadísimo *hôtel* que dejamos nombrado.

II

Una vez instalados Manuel y Joaquín ante una mesa, sobre cuyo blanco mantel se destacaban los distintos matices de ese buen número de aperitivos y estimulantes que el refinamiento del gusto hace indispensables en nuestras comidas, dijo Joaquín:

– Espero, querido Manuel, tu relato con verdadera curiosidad; más que eso, estoy por decir, que con punzante impaciencia.

– Pues oye, y tiembla!... Dejo nuestro plácido y delicioso valle, dejo parientes y amigos, dejo cuantas afecciones me ligaban á compañeros y deudos de toda la vida, dejo, por último, roto hasta el lazo que me unía á la que por mucho tiempo creí que había de llamar, más pronto ó más tarde, dulce compañera de mis días, porque... te lo diré sin rodeos: de algunos meses á hoy se ha despertado, desenvuelto y crecido en mí, un sentimiento abiertamente antitético á cuantos venían dominándome, á los que definían mi carácter. ¿Te acuerdas de mis propósitos de siempre de vivir dentro del círculo de lo modesto y tranquilo, de lo pasivo y bienaventurado? ¿Te acuerdas cuantas veces, refiriéndome tú los propósitos que abrigabas de lanzarte á la vida de la agitación y del movimiento, del bullicio y la intranquilidad de la corte, revistiéndome yo con los ornamentos del hombre grave y sesudo, te aconsejaba desistir de arriesgar tu paz y hasta tu honra en empresas que calificaba, nada menos, que de insensatas, de imprudentes, de temerarias, etc., etc.?... ¿Te acuerdas con qué fruición te hablaba de la vida del hogar, de los goces de la familia, del risueño y tranquilo lago por el que se deslizaría la barquilla de nuestra existencia, en medio de nuestro modesto pasar, sin luchas, sin combates, sin amarguras que devorar, ni decepciones que nos martirizasen? ¡Qué lejos estaba yo entonces de sospechar que llegaría un momento en el que había de operarse en mí, transformación tan completa y tan rápida!

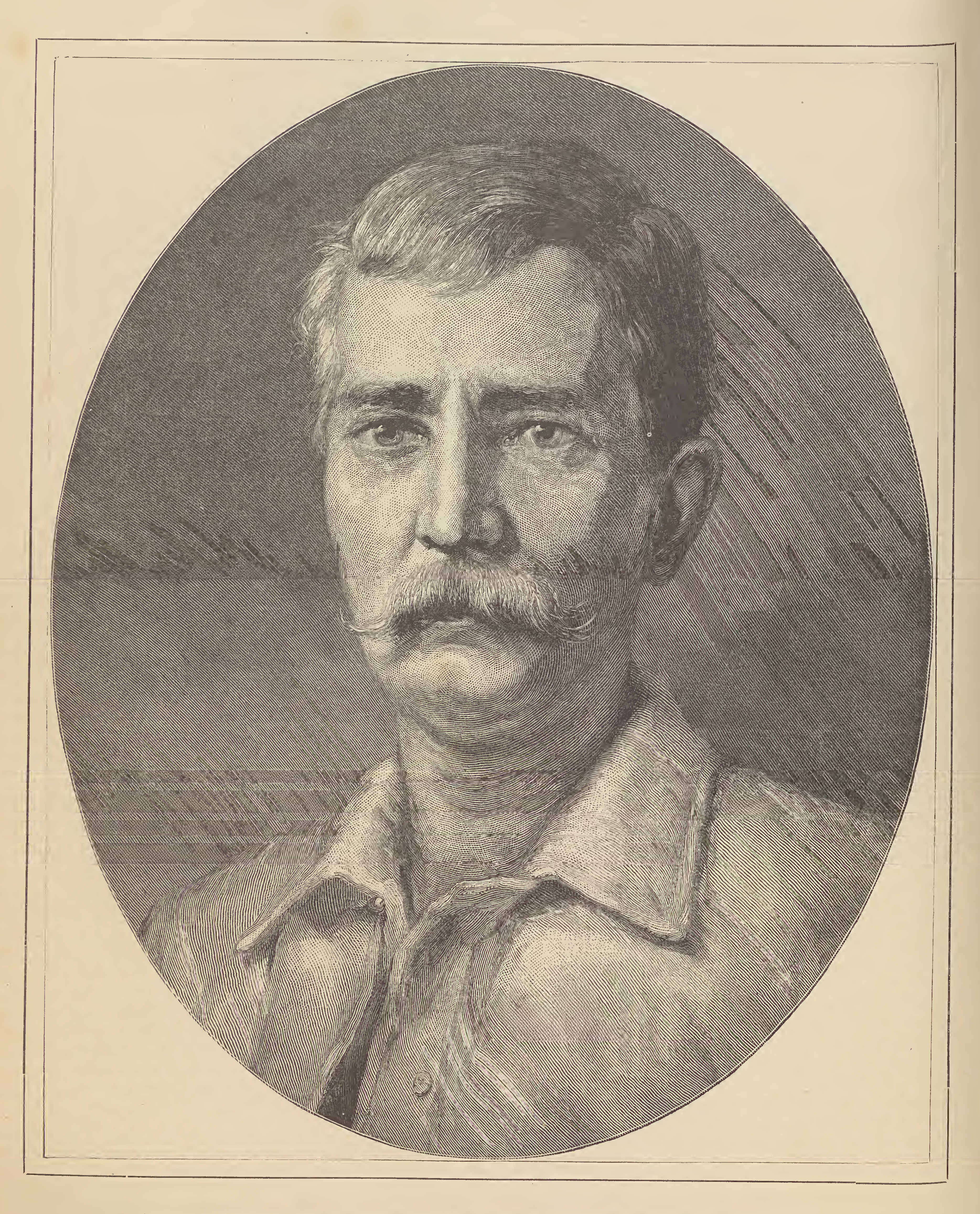
– Por lo visto, Joaquín querido, tú ignorabas que en opinión de ciertos fisiólogos, el hombre cambia, en período más ó menos fijo, de gustos, de inclinaciones y de tendencias, como cambia de rasgos fisonómicos y de color de pelo!

– No ignoraba esa opinión, pero no la daba crédito. Hoy no sólo la creo y confieso, sino que estoy dispuesto á mantenerla á capa y espada, cara al sol y en todo terreno.

– Bravo!... bravo... por el predicador de marras! Pero... sepamos ¿á qué obedece cambio tan brusco y trascendental en tu manera de pensar?

– ¿Quieres que te lo diga con toda llaneza? Pues... guárdame el secreto, porque responde á una mala pasión, tal vez, á más de una: voy á decírtelo en voz muy baja: se ha apoderado de mí... la envidia...

– ¡Hola!...

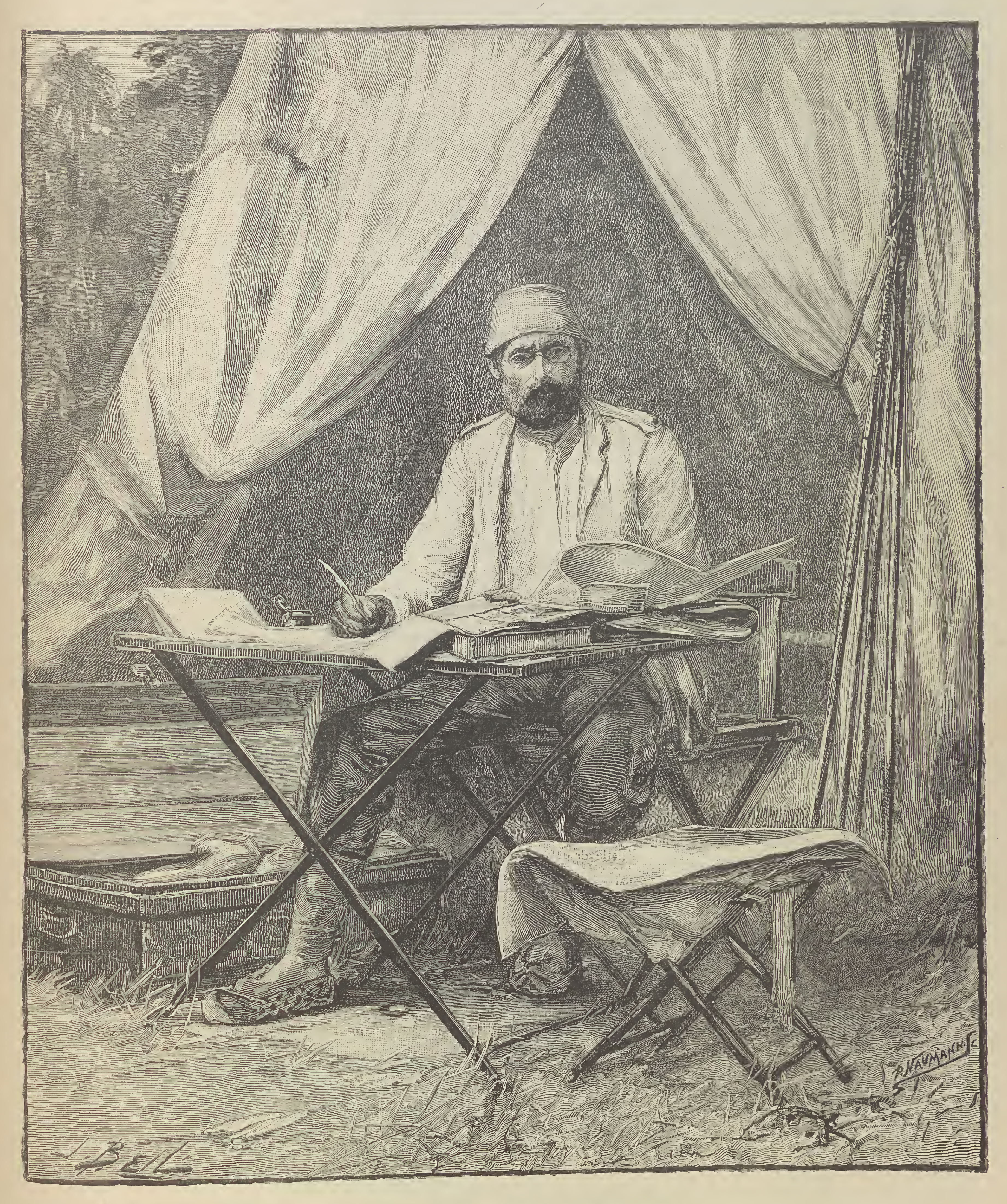


ENRIQUE STANLEY, célebre explorador del Africa central y fundador del Estado libre del Congo

De un retrato de F. Moscheles



CARIDAD, CUADRO DE LUIS KNAUS



EMIN-BAJÁ EN CAMPAÑA.–Copia de una fotografía hecha en Kartum



VISTA DE LANUSEI, ISLA DE CERDEÑA

– Sí; la envidia: si fuera menos sincero, te diría, la emulación: pero la emulación es una pasión noble, elevada, de fines plausibles; y lo que yo siento es ambición de obtener, por todo linaje de medios, sean cuales fueren, la posición, los goces, los honores, las distinciones y los provechos con que se enseñorean, viven y triunfan muchos, muchísimos en quienes nadie reconoce ni encuentra justificado el fundamento de su fama, nombre y riquezas.

– ¡Gracias á Dios!... Ya el hombre de los ideales de ayer se ha convertido al positivismo de la vida moderna!

– Sí tal, convertido por completo; mi nueva divisa es hoy la del príncipe inglés: *¡Ser ó no ser!* He roto con la tradición, y estoy resuelto á sucumbir ó *á ser*. Lo que ahora necesito es tropezar con quien me ayude...

– ¡Oh mortal aventurado! inclina la cerviz ante la magnanimidad de la Providencia! El auxilio que buscas, lo tienes á tu lado.

– ¿Quizás tú?...

– Yo, yo en persona; el mejor y más antiguo de tus amigos: voy á gozar el inefable placer de ofrecerte cuanto necesitas para salir triunfante de tus propósitos.

– ¡Tú! ¿será posible?...

– Y tanto, y hasta tal punto, como voy á decirte... Pero no es este lugar á propósito para nuestra conversación. Nuestro almuerzo ha concluído; sígueme, y el café y los cigarros, en sitio mejor elegido, serán los únicos testigos de nuestra conferencia.

III

El lugar no hace al caso.

El hecho es que nuestros amigos ante sendas copas de cognac *Martel (trois etoiles)* y saboreando sus respectivos vegueros de *Partagás*, continuaron su diálogo, en estos ó parecidos términos:

– Manuel, – dijo Joaquín, – digresiones á un lado. Tú *quieres ser* y necesitas quien te ayude. Pues bien, de tí sólo depende el éxito de tus aspiraciones. Existe en Madrid un hombre, entre otros muchos, pero con mayor autoridad que todos, que vive consagrado á la ímproba, pero muy productiva tarea, de improvisar posiciones y celebridades. ¿Quieres ser político ilustre, militar bizarro, juez íntegro, artista eminente, barbero distinguido, y bailarín inconcebible? Pues es cuestión resuelta: no tienes que hacer otra cosa si no es la de ajustarte á la tarifa de la celebridad que persigues.

– Estoy pronto!... Traigo sobre mí cuanto poseo, y estoy decidido á invertirlo...

– Corriente, tienes ganadas las tres partes de la partida, y como supongo que no serás, á pesar de tu condición de español, partidario de dejar *para mañana* lo que puedes hacer hoy, te invito, sin entrar en más explicaciones, á que me sigas, confiando ciegamente en la rectitud de intenciones del amigo que va á guiarte.

– ¡Sea!

. . . .

Los dos amigos abandonaron el café, y emprendieron el camino que, el uno de ellos, se encargaba de trazar.



TRAJE DE LANUSEI

IV

En el mismo punto y hora en que ocurrían estos sucesos, descendía de un coche de *tercera clase*, en la estación del Norte, un joven de semblante demacrado, de humildísimo aspecto, pero de mirada inteligente y llena de expresión, llevando, por todo equipaje, una flaca y descolorida maleta, de cuyo peso no quiso desprenderse por rudas é insistentes que fueron las ofertas que le hacían para aliviarle de tal carga los innumerables mozos de cuerda y *ganchos* de casa de huéspedes, que como enjambre de hambrientos obstruyen el paso de los viajeros á la llegada de los trenes.

Con perfecta indiferencia de todos y de todo cuanto le rodeaba, con su maleta bajo del brazo, y *pédibus andando*, emprendió nuestro joven el camino de la Cuesta de San Vicente, y sin acelerar en lo más mínimo el paso de su marcha reposada, llegó, al cabo de buen rato, á internarse en una modestísima casa de huéspedes de la calle de los Estudios.

De la villa de Azpeitia, que con su colindante, la de Azcoitia, constituyen el pintoresco y delicioso valle de Loyola, procedía nuestro joven, que pasando por todos los rigores de la desdicha, había llegado á obtener, con las más brillantes notas, su título de licenciado en la facultad de filosofía y letras.

Traíale á Madrid la realización de un plan que venía de muchos años halagando: hacer oposición á una cátedra vacante en el instituto de Vitoria.

Este propósito respondía al de procurarse medios de subsistencia bastante, por exiguos que fueren, para unirse en lazo indisoluble con una encantadora muchacha de su villa, á quien tenía jurada fe de matrimonio con todo el fuego de su corazón generoso y toda la pasión de sus veintiséis años.

«¡Oh! – exclamaba á cada momento: – me siento con fuerzas sobradas para hacer brillantes ejercicios, para luchar con ventaja contra cuantos contrincantes me disputen la cátedra! y... á poco que las buenísimas cartas de recomendación que me acompañan despierten el interés del tribunal, mía habrá de ser la victoria.»

Y no pasaba noche sin que antes de entregarse al descanso, no dijera con verdadera unción: «¡Dios mío! ayudad mis propósitos, vos que, después, habéis de bendecir una unión santa y presidir la felicidad de dos almas cristianas.»

Y diciendo esto, dormía y soñaba el más deleitoso de los sueños.

V

Volvamos á nuestros primeros conocidos.

Cambiando durante el camino contadas palabras, Joaquín y Manuel llegaron á encontrarse á la puerta de una casa de grandes dimensiones y reciente construcción, sobre cuyos balcones del piso principal hallábase adosada gran muestra, que en caracteres dorados, sobre fondo ceniciento, decía á todo el que supiere leer: «El Improvisador. – Periódico político-científico y literario.»

Y más abajo *Redacción y Administración.*

Manuel experimentó cierta extraña impresión al subir las pulimentadas escaleras de aquella suntuosa casa.

Momentos después se encontraba, presentado por Joaquín, frente á frente del director del periódico, que por entonces era la verdadera palanca de la opinión enfrente de las cosas y los hombres de gobierno.

Por convenio sobre bases que nuestros lectores no sabrían explicarse, y para cuya descripción no bastan los límites de un artículo, quedó pactado y corriente que *El Improvisador* se comprometía á ser el órgano de la exhibición, popularidad y encumbramiento más rápido posible del aspirante á personaje.

Y allí no se perdía el tiempo.

Acabada la conferencia, salía del despacho del director á las cajas de la imprenta una cuartilla conteniendo los siguientes renglones: «Se encuentra entre nosotros, procedente de las Provincias Vascongadas, el distinguidísimo abogado y hombre de letras, don Manuel de Izanguidi y Choritoquieta, cuyo bufete en esta corte será, á la vez que un centro de discusión de las ilustraciones del foro, un venero de riqueza para su ilustre propietario.»

Así se empezó.

¿Dió fruto la campaña emprendida?

¿Tuvo el moderno *puf!* el éxito que se buscaba?...

Tuvo más: tuvo el que no podía prometerse el más exigente.

Manuel llegó á verse en poco tiempo diputado, director general y por último subsecretario de Ultramar.

Verdad es que practicaba incansablemente el principio famoso «ayúdate y te ayudaré.»

En el Ateneo, en la Academia de Jurisprudencia, en la Económica-matritense, en el Fomento de las Artes, en los *meetings*, en los *clubs*, en los pórticos de los teatros durante las noches de estreno, en todas partes, peroraba, discutía, daba conferencias, leía folletos, etc., etc., etc.; era, en fin, objeto de las miradas de todos, de la curiosidad de muchos, y de la maledicencia de no pocos.

Pero faltaba la *bomba final.*



TRAJE DE TORTOLI

El padre de aquella muchacha, á quien en su alegre vallecito de Azpeitia había dejado enamorada el pobre joven que vimos llegar á Madrid en busca de una cátedra, volvió á España procedente de América, con una considerable fortuna, honrosamente adquirida en los negocios de su tráfico.

Supo la suerte alcanzada por Manuel, y deseoso de unir su hija con hombre de tal posición, llegó no sin torturar sus dulces sentimientos y sus primitivas inclinaciones á conseguir de ella el asentimiento para casarse con Manuel, cuya boda corría de su cuenta tratar y realizar.

Y en efecto, Manuel vió en el matrimonio el término de su partida, y se casó con la novia de Lorenzo.

VI.

Lorenzo, tan animado con su saber y las esperanzas que le sonreían para el porvenir, recibió este golpe con desgarradora emoción.

Pero le encontró lógico.

Cierto que obtuvo en los ejercicios de oposición el número primero de la terna, pero... en el segundo fué pro-



TRAJE MIXTO

puesto el *yerno* de un ministro... y éste se llevó la cátedra.

Quedó reducido á la nada.

¿Por qué no había de casarse su novia con un hombre ilustre y de tal significación?

¿Por qué ser fiel al cariño de un pobrete sin nombre, posición, ni fortuna...?

. . . .

Ahora bien, ¿qué camino se debe seguir en la vida? Ustedes dirán.

EDUARDO SACO.

LA TIERRA DE MARÍA SANTÍSIMA

Ningún paisaje despierta impresiones tan duraderas en el ánimo del viajero, convidándole á meditar y á estudiar, como el ofrecido á la continua por el dilatado valle del Nilo. Misteriosa cuna de civilización poderosa, encarecida por los antiguos y presentada al espíritu de los modernos como una brillante revelación, muéstrase á la imaginación del artista cual venero inagotable de creaciones fantásticas merced al material ofrecido por encantadoras leyendas, que parecen brotar de su suelo propagadas por la fecunda inventiva y afición á lo maravilloso, en que se extrema gallardamente el ingenio de los coptos y de los árabes. Allí se inventaron y tejieron durante la Edad media, copia de novelas que reemplazaron á la verdadera historia de los países remotos, con sólo dar acogida á alguna noticia exacta que ayudase á la verosimilitud ante un público poco exigente.

No tienen por ventura otro valor las peregrinas relaciones del falso Al-Guaquidi sobre la conquista de España por los muslimes, como tampoco las maravillosas leyendas del rey de Cádiz y de la ciudad de latón, mostrada la predilección de los egipcios por los asuntos tomados de España, al punto de considerarla como teatro de la predicación de Jesús (1).

TRAJE DE LANUSEI

Durante la primavera del año 1876 caminaban á la caída de la tarde en dirección á Matareah, población situada al Este del Cairo, dos jóvenes viajeros, que distraídos en amena conversación parecían olvidar los desagradables movimientos de sus cabalgaduras. Montaban sendos camellos maharíes, engalanados con vistosos jaeces de flecos y randas, y á guisa de penachos unos borlones de estambre color azul y rojo.

Al par que conversaban avanzaban rápidamente á poca distancia uno de otro. El que iba delante era un gallardo joven como de veintiocho años de edad, tenía semblante agraciado, tez morena, bigotes largos, barba poblada, y ésta como aquéllos color azabache sedoso. Su traje medio europeo no discrepaba del usado por los turcos militares y por los empleados administrativos del Jedive. Formábalo el característico fez en la cabeza, botas, pantalón grana y en el resto del cuerpo un caftán ó levitón azul abrochado. Más pintoresco el vestido del otro, consistía principalmente en una túnica ó camisón largo, que le llegaba hasta los pies, sujeto á la cintura por faja de seda roja, de la cual pendía un yatagán ó alfanje corto. Llevaba además una especie de gabán ó sobretodo color de tierra, por calzado chinelas tunecíes, y en la cabeza el mencionado fez adicionado con unas varas de muselina blanca, que le envolvían en la dirección de su altura, hasta darle forma de tarbus ó verdadero turbante. Dadas las costumbres usadas en la actualidad en el antiguo país de los faraones, quien fijase atentamente la vista en el color atezado de su rostro, en su estatura prócer y varonil y en la musculatura de sus brazos, fácilmente reconocería en él uno de los hijos del desierto, que suelen servir de guías y ofrecen sus servicios á los extranjeros, que visitan aquellas comarcas.

Serían las seis de la tarde. Un horizonte sin montañas recibía los últimos rayos del astro del día, con una intensidad desconocida en Europa. Donde quiera dirigiesen la vista los viajeros ofrecían los objetos en lontananza un perfil encantador y sobremanera agradable. Dejaban á la espalda El-fostat, la parte antigua del Cairo, que conservó el nombre de Babilonia hasta el fin de los tiempos medios. A la derecha se elevaba El-Alfasieh, suntuoso palacio levantado un día para el regalo de Abbas Bajá, con destino al presente á servir de local para la enseñanza de los estudios militares. No lejos de él y algo más adelante se destacaba en el espacio vistoso monumento árabe, que guarda las cenizas de Malek Adel (muerto en 1218), soberano un tiempo de Jerusalén y del Cairo y que por un azar de la suerte, previo concierto entre cristianos y muslimes, estuvo á punto de casarse con una hermana de *Ricardo Corazón de León*. Al frente se comenzaban á divisar las ruinas de Heliópolis donde, según la tradición, Moisés dirigió y adoctrinó por espacio de algunos años á los hebreos, y más cerca Matareah, lugar en que venera la piedad cristiana el árbol y el pozo de la Virgen.

No tardaron los dos viajeros en llegar á las puertas de la última población mencionada. Comenzado habían á transitar por sus tortuosas calles, cuando se detuvieron ambos ante un arco de entrada de los que llaman de herradura, el cual daba acceso á un vasto huerto de flores y frutas, cercado de tapias de mucha solidez. Apeáronse de sus cabalgaduras y entrando por el arco se hallaron desde luego en una especie de patio semejante al que se ofrece aún en algunas posadas españolas, con ser incomparablemente más grande, ocupado en buena extensión por atijareros y recueros árabes, que tomaban algún descanso al lado de sus bestias descargadas. Una cúpula pequeña que se mostraba á la derecha con su vistosa cubierta de tejas verdes y azules advertía la existencia de una *mozala*, capilla ó humilladero de muslimes.

Dirigieron allí sus pasos, hasta llegar delante de la puerta principal del oratorio decorada con un *rabah* con su correspondiente inscripción arábiga. En frente había pila y manantial de agua para las abluciones, y al rededor algunos grupos de árboles, debajo de los cuales descansaban ó meditaban varias personas sentadas á la morisca, no sin revelar su procedencia y condición en la forma de sus trajes. Descollaba entre todos por su fisonomía simpática y majestuoso continente un anciano árabe, cubierto á excepción del rostro, por un jaique de algodón rayado. Dase el nombre de jaique en el Oriente á una pieza de tela sin cortar que se recoge al rededor del cuerpo formando pliegues de gran amplitud mediante un cinturón de piel de cabra que se prolonga hasta la cabeza, ocultando la nuca y el turbante á guisa de cofia ó almofar antiguo. Hallábase cerca del anciano, verdadero tipo del jeque del desierto, y en ademán de conversar con él, un tolba ó joven alfaquí de turbante azul y anteojos negros, cuyo traje no exento de elegancia parecía realzado por la gentileza y descuido aparente de su persona, echado á la espalda el ancho *aba* que le servía de sobretodo, mal plegado el camisón interior y calzados los pies con pantuflos de tafilete labrado. A poca distancia se veía cierto personaje con caftán oscuro, almaizares y bonete del mismo color. Tenía un libro cerrado en su mano izquierda que descansaba sobre las rodillas, y en la derecha un báculo de labor tosca, inclinada la cabeza sobre el pecho en actitud meditabunda. Más adelante y bajo las ramas de copudo limonero un sacerdote copto, sin tocado en la cabeza y con modestas vestiduras, parecía absorto en la lectura de su breviario. Al acercarse los viajeros el beduino, que conocía al jeque árabe, le presentó el joven vestido á la turquesca con estas palabras:

– Tenéis delante á un jarife europeo, insigne por sus virtudes y generosidad, conocido en Levante y Poniente por el nombre de Obeidallah el andalusí.

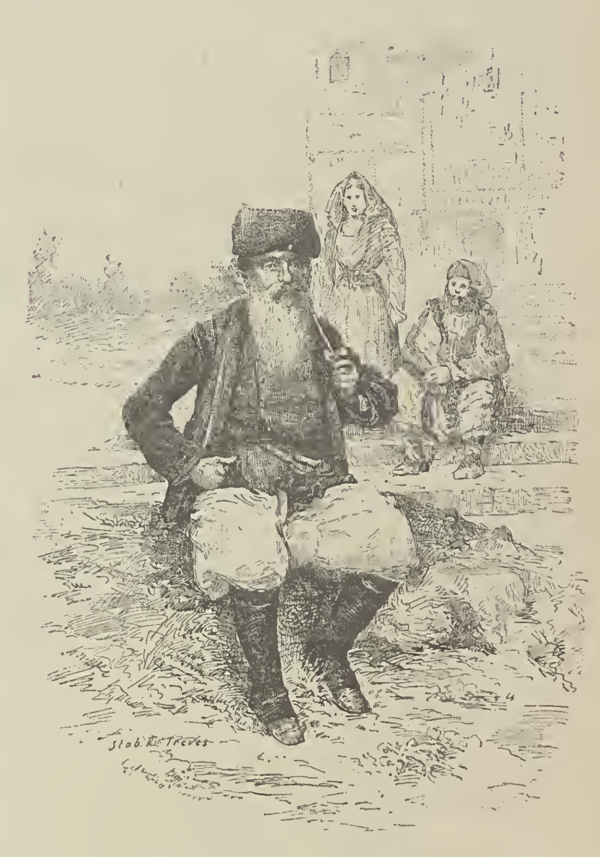
Apenas llegó á los oídos del tolba la última frase, se levantó para honrar á los recién llegados y besando en el hombro á Obeidallah dijo:

– Eres de la patria de mis padres. Mi décimosexto abuelo había nacido en tu tierra y era hijo de Muhammad Abu-Becr Aben Roxd.

– ¡Bendito sea el suelo de Andalucía! Es la primera de las comarcas del mundo por los aires, por las minas, por los frutos de la tierra, por sus hombres y por sus mujeres; Andalucía aventaja en mucho á Egipto. Ha dicho Ben-Aljatib, el coloso de la elocuencia de la poesía, el último grande historiador que hemos tenido los árabes:

Orgulloso está Egipto por el río Nil,
Vale más que mil Nilos el Genil (2)

A estas palabras el personaje del bonete negro que era un rabino ó *hazan* (3), según habrán adivinado nuestros lectores, levantó la cabeza y se expresó de esta suerte: – Andalucía ó *Sefarad* es la segunda Palestina, adonde fueron desterrados los judíos por el emperador Adriano. Todavía lucen en Toledo (nuestra segunda Jerusalén) las fábricas suntuosas de los templos levantados al Dios de Israel reinando en Edom (Castilla) el insigne monarca que llamaron don Alfonso el Sabio y su descendiente don Pedro I. Cuentan que subsiste otra no menos preciada en la ciudad de Segovia, convertida hoy como aquélla en iglesia para el servicio del culto de las gentes de Edom con multitud de oratorios particulares. En Barcelona he visto yo mismo el lugar en que contendieron con los *casies nazarenos* (sacerdotes cristianos) del Tzarfat (Francia y Cataluña) los sabios israelitas Bar-Najman y Ben Adderet, en Avila el templo donde disputó Mosseh de Tordesillas con Pedro de Valladolid, y no ha cincuenta años visitó un tío mío en Tortosa el palacio donde nuestro gran filósofo Josef Albo, que ha sacado del estudio de la Escritura las reglas del derecho y el conocimiento de las leyes que gobiernan la historia, defendió la bondad de las *agadas* del Talmud contra cristianos é israelitas tibios, en una asamblea presidida por el supremo imám del culto cristiano, pontífice Benedicto XIII. Andalucía bajo cuyo nombre se comprendían en lo antiguo muchas comarcas insignes, es la patria del filósofo Bar-Maimon y de los poetas R. Judah Ha-levi y Abraham Aben-Ezra: aquél, atento á enaltecerlo todo, comparaba el ramaje de los árboles de Granada con la cabellera de los ángeles; éste, menos contentadizo, no se cansaba de combatir la falta de laboriosidad de sus paisanos españoles, en particular de los vecinos de Mora junto á Toledo.



TRAJE DE LANUSEI

El viajero del caftán azul, á quien ya molestaba aquel cúmulo de noticias, creyó poner término á ellas observando sencillamente:

– Andalus ó Andalucía es una comarca de España ó sea la parte meridional de la región designada con este nombre. Señoréanla al presente los cristianos y moran en su término pocos judíos y menos muslimes, puesto que haya entre sus habitantes no escaso número de descreídos.

– Eso no puede ser, – dijo el monje copto, el cual hasta entonces había guardado silencio y parecía no levantar sus ojos del breviario. – Al-Andalus ó Andalucía, la Esbonia ó España meridional á que el nombre gentilicio andalucí se refiere, es una región afortunada que no desdeñarían habitar los querubes; es la tierra de María.

Picada la curiosidad de los circunstantes por lo inesperado de la contradicción, prestaron suma atención á las últimas palabras del copto, en especial Obeidallah y el

(1) Attabari, escritor árabe de los primeros siglos de la hégira, refiere la tradición de que Jesús predicó en una comarca llamada Al-Andalus, no sin narrar al propio tiempo un prodigio verificado en ella, el cual guarda notable analogía con la maravilla realizada en las bodas de Caná.

(2) *Ge* ó *xe* es la pronunciación, que corresponde á la letra *xin* ó *sin* puntuada, que hoy designa el número 300 y por un uso especial mogrebino, que recuerda influencia helénica, ha significado también mil.

(3) Ministro de la sinagoga.



TRAJE DE LANUSEI

jefe árabe, quien ordenó al copto se sirviese exponer las razones, por que había designado el suelo andaluz con el generoso nombre de tierra de María Santísima.

– Oir es obedecer, – dijo el monje, y acercándose á la manera de círculo que se había formado al rededor del jeque, sentados todos sobre sus tobillos, postura habitual en los orientales, les imitó el copto en la actitud, y comenzó su narración en estos términos:

– Cuando el rey de Jerusalén dió sus órdenes con el propósito de perseguir á Jesús recién nacido, atribulada la santa familia dispuso apresuradamente huir á tierras muy remotas, con lo cual no fué posible á San José el



UN MASSAIUS

deshacerse del modesto ajuar de su tienda, ni proporcionarse para el viaje sino una sola caballería, que destinó á su esposa, como quien debía llevar al niño divino en sus brazos. Vestía la Santísima Virgen, al partir de Galilea, una túnica ó caftán azul con rayas blancas que le llegaba hasta el tobillo, pantuflos verdes muy pequeños y una almalafa ó manto largo de color de grana en cuyo rebozo descansaba el niño Jesús. Detrás caminaba José con mal traído albornoz, apoyándose para caminar en un palo, y, sin embargo, dispuesto á acudir con fervorosa diligencia ya á estimular ó templar los movimientos de la caballería, ya á servir las voluntades de María y de su santísimo hijo. Por donde quiera que pasaba aquella caravana tan poco numerosa, los objetos de la naturaleza parecían emular unos con otros para tributarle homenaje. Si un labrador plantaba una viña, y acertaba á ofrecer un momento de descanso ó brindaba con su mesa á la familia bienaventurada, en breve brotaban los sarmientos con hojas, pámpanos y frutos, para el doble efecto de que se ofreciesen las primicias al Rey de los cielos y de que pudiese decir con verdad el labrador favorecido á los emisarios de Herodes, que la familia de Jesús había pasado por allí, á la sazón en que se plantaba la viña, que ostentaba entonces grandes y dorados racimos. Pidió albergue José en una cueva de bandoleros durante oscura y tormentosa noche, y tocada en el corazón la esposa de uno de ellos, entristecida por la dolencia de un niño de pecho, á quien afligía espantable lepra, acogía la sacra familia con regalo y se empeñaba en humedecer los pañales de su hijo en la misma agua, que había servido para lavar los del hijo de María, en quien presentía su alma algo maravilloso. Sentido el contacto de la bendita agua, cayeron las escamas que oscurecían la piel del niño enfermo, el cual desde aquel instante se ofreció á la vista de su madre completamente sano.—En este mismo sitio, donde nos hallamos, había un gigantesco sicomoro del cual se conservan crecidos brotes. Aproximábanse los satélites del príncipe asmoneo, que habían visto á los fugitivos, creían darles alcance, y ya prevenían las ligaduras, cuando una inesperada maravilla los arrancó de sus furores. Oró la Virgen Santísima, miró á su poderoso hijo, turbado gravemente el rostro por la aflicción, y el sicomoro abrió su tronco. Desaparecieron en su interior la Reina de los cielos, el niño Dios, San José y la modesta caballería. Luego una araña extendió tupida tela sobre el sitio de la abertura, con lo cual el sicomoro brindaba asilo seguro á los fugitivos, que dormían allí y se ocultaban, cuando era menester, mientras duraron las persecuciones. De aquí procede el nombre de *marcad*, lugar tranquilo ó de reposo, con que se conocen estos lugares. A las veces salían de su escondite y la Virgen lavaba los pañales en esa cisterna, en tanto que el santo niño dormía en el nicho ó abertura que se conserva aún en la pared. Cuando Jesús era bañado, las gotas de agua que caían en el suelo ofrecían virtudes maravillosas. De cada gota nacía un bálsamo precioso, durando por siglos la reputación de los bálsamos que crecían en estos lugares. El dueño de estos lugares que estimaba como un don del cielo la venida del santo matrimonio con el niño Jesús, mejoró la hospitalidad que les daba, con habitaciones cómodas y bien alhajadas. Noticioso Herodes de aquellas maravillas, volvió á enviar sus esbirros á Matareah, los cuales reconocidos por el que cuidaba de este huerto, avisó inmediatamente al santo matrimonio del peligro, que les amenazaba. Entonces concibieron los esposos una resolución extraordinaria, caminar á Occidente hasta comarcas donde no se hubiese oído hablar de Herodes. Comenzaron á atravesar el desierto de Trípoli, donde deshechas tempestades de polvo amenazaban su existencia de continuo; pero pasaban por encima de los viajeros sin incomodarles lo más mínimo, penetrando éstos con el jumento sin dificultad por entre altas montañas de arena, que sin cesar se formaban á un lado y otro del camino. Con todo, las incomodidades del viaje, no tardaron en debilitar mucho á San José, quien pálido, sediento, descalzos los pies, rendido por la fatiga, con faz demacrada y apoyándose débilmente en el palo ó vara, apenas podía seguir el paso de la caballería. En tan difícil trance un pensamiento ocurrió á la Santísima Virgen. Llevando consigo al Redentor del mundo, ningún peligro real podía sobrevenir á éste en la infancia, ni á la encargada de velar por él, para que se cumpliesen las profecías. Mas la muerte podía arrebatarles á San José, quien no pudiendo caminar más, era seguro que moriría de cansancio ó caería en poder de sus perseguidores. Menester era que ocupase el lugar de la madre y del hijo sobre el jumento; pero ¿cómo consentiría en que la Virgen caminase á pie? Parecía indispensable procurarse un medio de locomoción que le satisficiese.

Francisco Fernández González.

(Concluirá)

NOTICIAS VARIAS

El trabajo suministrado por los ferrocarriles. —Hoy ya no se cree posible la vida sin los caminos de hierro, y sin embargo su invención es muy moderna; los trenes ómnibus nos parecen ya demasiado lentos, y sin embargo, ¿qué diríamos si tuviésemos que recurrir al servicio de postas de principios del siglo?

Es curioso averiguar qué suma de trabajo representa el servicio de ferrocarriles, así como el personal y el material que hubiera sido menester en otro tiempo para suministrar este mismo trabajo.

En el *Diario de las Cámaras de comercio de los Estados Unidos* encontramos una indicación acerca de este asunto, pero sólo por lo que respecta á los ferrocarriles de los Estados Unidos de la América del Norte.

En los trasportes efectuados hoy por vías férreas en aquel país se ocupan doscientos cincuenta mil hombres; si en otro tiempo se hubiera querido efectuar el mismo tráfico por medio de carruajes de todas clases, habría sido necesario emplear trece millones de hombres y cincuenta y tres millones de caballos, y por lo menos hubiera sido difícil reunir semejante caballería. Por otra parte, los nuevos medios de trasporte no se contentan con atender á un trabajo, imposible de desempeñar en otro tiempo; sino que tienen además el gran mérito de ocasionar gastos muy módicos comparados con las inmensas sumas que sería menester consagrar al tráfico comercial actual si se le debiera hacer con los medios puestos en uso antes de la invención de las vías férreas.

En efecto, los gastos de explotación de los caminos de hierro de los Estados Unidos no han ascendido, en 1885, más que á 2,612.500,000 francos; para desempeñar este mismo trabajo con el número de hombres y de caballos que antes hemos indicado, habría sido forzoso gastar cincuenta y cinco mil millones, ó sea veinte veces más.

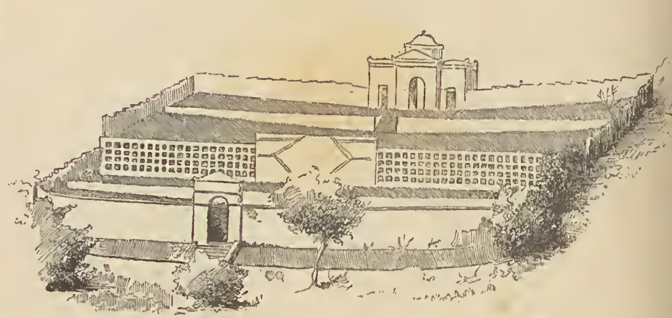


TRAJE DE OGLIASTRA

Vese pues cuán gran revolución se ha realizado en el siglo XIX: esto sólo bastaría para hacernos apreciar los beneficios del progreso.

———

Papel de musgo.—Se acaba de inventar en Suecia el *papel de musgo*. Con el musgo blanco se fabrica, no tan sólo papel de escribir, sino también tablas de doce centí-



CEMENTERIO NUEVO DE LANUSEI

metros de espesor; las cuales tienen la resistencia de la madera y admiten toda clase de barnices, cosa que las hace muy á propósito para emplearlas en adornos arquitectónicos, muebles, puertas, bastidores, ventanas, persianas, macetas y ruedas de ferrocarriles, habiéndose llegado á construir con este material de nuevo género, hasta cortijos enteros. En Breslau se han hecho con este papel hornos, bañeras y utensilios de cocina, que en lo sucesivo estarán á cubierto de las torpezas de las sirvientas.

(De *La Nature.*)

Imp. de Montaner y Simón